

Anatomía de la Conspiración

Por E. TIERNO GALVÁN

Universidad de Salamanca

La palabra conspirador creo que es de reciente generalización en nuestro idioma. En español se empleó desde más antiguo la expresión *conjura* y conjurador. Pero conjurar en cuanto verbo se refiere a otra cosa que el sustantivo *conjura*. Conjurar significa aplicar un conjuro, es decir emplear medios mágicos para evitar un mal que no es propiamente un mal físico. La raíz social y psicológica que diferenció ambos significados no está muy clara; quizás quienes se conjuran para derribar un Gobierno, tengan la idea de que aplican un conjuro contra algo demoníaco, quizás crean que sólo con procedimientos mágicos pueden conseguirlo, quizás tengan el mismo miedo y tomen las mismas precauciones. En todo caso *conjura* no equivale hoy en castellano a *conspiración*. En castellano podemos decir conjurarse, pero no conspirarse. Este hecho da una pista muy clara y un fundamento bastante seguro para explicar la diferencia entre ambos vocablos. Parece que *conjura*, *conjuración* y *conjurarse* aluden sobre todo a un compromiso psicológico que supone la complicidad personal antes que otra cosa. En la *conjura* tiene un matiz secundario lo que se va a hacer; la importancia mayor recae en el compromiso, la complicidad y, seguramente, en el miedo y la satisfacción y tranquilidad de compartir el mismo mal moral. No lo sé, pero sospecho que *conjura*, en relación con *conjuro* tiene en España una raíz teológica. El *conjuro* sirve para ahuyentar los malos espíritus; *conjurarse* en una *conjuración* aún expresa algo parecido, y ya lo expresaba en el latín clásico. *Conspirar* significa otra cosa. Es palabra que se refiere a la acción y al fin de la acción. Los elementos mágicos están postergados. Es palabra que significa actividad contra un poder político constituido, esquemas intelectuales para regir la acción e intención política de substituir al Gobierno derrocado. En resumen, objetividad, organización política que tolere los procesos de substitución, y debilitamiento del compromiso psicológico que nace de la conciencia moral de la pugna entre el bien y el mal. Los conspiradores son hombres modernos que trabajan en un Estado moderno. Los conjurados, hombres antiguos, recluidos en el mundo sobresaltado del melodrama. Pero la anatomía de la *conspiración* descubre

que no se puede separar por completo la conjura de la conspiración. Es más, una conspiración tiene algo de imperfecta sino es también, al mismo tiempo, una conjura. Los elementos que descubre la palabra conspiración son los que prevalecen, pero el conspirador es, o tiende a ser, un conjurado.

Mi experiencia, desmedrada experiencia, es cierto, confirma lo que vengo diciendo. Muchas veces un conspirador, sentado frente a mí, en la sala de mi casa, me ha dicho señalando a la ventana, "qué le parece a Vd. si corremos las cortinas". Me he recriminado a mí mismo, luego, por haber olvidado que un conspirador tiende a conjurarse, y que lo de menos era que mis pacíficos vecinos no pudieran ver mis visitas de no emplear medios técnicos, sin duda fuera de su alcance.

La conjura acentúa el misterio y los problemas psicológicos personales, eludiendo incluso la propaganda y la captación de adeptos. A un conjurado se le exige antes que nada secreto y lealtad. Estableciendo una jerarquía lógica, la conjura es un momento previo a la conspiración. Los conjurados conspiran. Se puede transportar la clasificación al plano histórico y admitir que en los tiempos modernos, desde la Baja Edad Media para acá, primero ha habido conjuras, después conspiraciones. Parece claro que los conspiradores han pretendido cobrar secuaces y que se reconociese la legitimidad moral de sus proyectos, preocupándose de la publicidad de su existencia y fines con relación a la opinión pública. Quizás fuera posible admitir que no hay conspiración sin referencia, intencional o de hecho, a la opinión pública. La tendencia negativa a hacer de la conspiración conjura es propia del español, quizás porque España sea un país atrasado. Esperemos, con la ayuda de Dios, salir del turbio placer de participar de un secreto alimentado por el rencor político y llegar a la satisfacción moral de la acción clandestina justificada por la defensa del bien público. Se trata, si bien lo miramos, de substituir secreto por clandestino. En castellano no podemos hacer de secreto un sustantivo abstracto. Me parece que nunca se ha dicho "secreticidad" o "secretitud". Carecemos, por otra parte de un sustantivo abstracto equivalente. Esto significa, entre otras cosas, que el secreto se concibe como una entidad que se comparte. Los castellanos nunca hemos participado de un secreto, hemos compartido un secreto, es decir, el secreto se ha dividido de forma que todos los puedan poseer por sí mismos y aisladamente, por relación directa y no por medio de los demás en una relación simultánea. Es exactamente lo contrario de la clandestinidad. En castellano cuando decimos "clandestino" parece que aludimos al nombre propio de una persona. Es necesario decir clandestinidad, que significa participación y coincidencia recíprocas en una actitud común, que no empieza y acaba en el secreto, pues puede hacerse público simplemente aumentando el número de los que participan hasta hacerse un bien público o un lugar común. La conjura se rompe en cuanto se quebranta el secreto. Se pide la muerte para el desleal. Pero la clandestinidad no sufre un quebranto definitivo porque se trasluzca o se ilumine uno de sus rincones. La razón está en que más que un propósito escondido, la clandestinidad es una organización oculta y un fin conocido. No ha habido clandestinidad hasta que no ha habido organización

extra-oficial referida a la opinión pública. Es decir, sólo la opinión pública insatisfecha produce clandestinidad. Y hasta que la opinión pública no se forjó desde la conciencia de la necesidad de ciertos derechos personales de los que todos participan, no hubo propiamente clandestinidad. Cuando Diderot dice, en el Elogio a Richardson, "il m'est très important que Genève, qui n'est qu'à une lieu de mon séjour, ne passe point pour un magasin clandestin d'éditions furtives", ha recogido los aspectos principales de la clandestinidad política, particularmente el hecho de que sea clandestino lo que por principio debe ser público, y nazcan y crezcan las ediciones furtivas. Incluso la palabra clandestino se limpió de cierto tufo de insidia que tenía en francés en los siglos anteriores. Salir de la conjura para entrar en la clandestinidad ha sido el camino que ha recorrido en tiempos modernos la conspiración. La propia clandestinidad va, por otra parte, perdiendo sentido. Según hay menor necesidad de recurrir a lo clandestino, en cuanto ocultamiento ilegal de la organización de la opinión pública, clandestino tiende a convertirse en inmoral. En los países que llamamos desarrollados, particularmente en los países anglosajones, clandestino es el tráfico de drogas o la difusión de estampas pornográfica, y este último aspecto de la clandestinidad comercial parece que decae.

De los dos elementos inseparables en la lucha política, fuera de la ley, contra el poder constituido, los literatos han preferido la conjura, es decir, la expresión dramática personal de la conspiración en torno a un secreto que se comparte. Se inclinan también a los juicios y castigos de los conspiradores y a las opiniones morales sobre una conducta y propósitos. La conspiración en cuanto organización y mera clandestinidad tentó menos y menos aún los conspiradores secundarios, personas sedientas de motivos nobles, pero que careciendo de una u otra cualidad imprescindible para ser protagonistas, rondan en torno al festín conspiratorio, desempeñando un papel de segundo orden, aunque necesario para el proceso de la conspiración. Por otra parte, la lucha política entre concepciones del mundo, o simplemente, los problemas personales de índole moral, provocados por la contienda ideológica dentro de una misma facción, se han discutido y analizado hasta la saciedad. El poder político en cuanto problema moral es uno de los tópicos más fecundos de la literatura de Occidente. Los aspectos no dramáticos de la conspiración, repito que se han explotado mucho menos. A mí me gustaría leer la novela del conspirador secundario que va y viene atraído por el peligro pero sin decidirse a caer en él; tampoco puede alejarse del todo. Está en una zona equívoca entre el más y el menos, gozando, sin duda, de la misma satisfacción del laico que metido en instituciones religiosas se aproxima tanto en espíritu e imita tanto al sacerdote, que a veces, salvo en los últimos compromisos, parece serlo más que él. Estas personas secundarias, que andan movidas por la avidez de ser y la repugnancia a ser, aparecen en la anatomía de la conspiración con el carácter de profesionales de lo que se resiste por principio a ser profesión. Ponen en la dinámica de la conspiración, la ritualidad y el distanciamiento que pone el profesional en su trabajo. Algunos, yo he conocido varios casos, se agotan conspirando; gastan su dinero y desatienden sus negocios, pero no acaban de

entrar en círculo interno, en la séptima morada de la conspiración, en la conjura.

La anatomía de la conspiración descubre los conjurados y los acólitos. Pero no hay que olvidar a los sinvergüenzas. Abundan en las conspiraciones y son inevitables. Los acólitos son gentes de buena fe, aunque con frecuencia de voluntad y convicciones débiles. Los sinvergüenzas se señalan, como todo sinvergüenza, por no tener convicciones. Ernesto Dantes, cuenta en su libro "Conspireurs et Comédiennes", que en cierta ocasión, hablando el Rey Carlos X con M. Roger Collard, le dijo: "Quand on conspire, on est exposé à se mettre en mauvaise compagnie, n'est-ce pas, Monsieur Roger Collard? Vous devez avoir éprouvé cela, vous qui avez conspiré". "Sire, respondió M. Roger Collard, je n'ai jamais conspiré qu'avec d'honnêtes gens".

Esto no es exacto. Es imposible conspirar sólo con personas honradas. Quizás sea posible una conjura, pero no una conspiración, si le atribuimos los caracteres de extensión y multicomplidad a que en un principio aludimos. Lo que llamamos honradez propende al conformismo. Hace falta una honradez poco común o una gran desvergüenza para meterse a conspirar cuando realmente existe riesgo. La cuestión, no obstante, queda en pie, pues, ¿una honradez poco común es honradez?

La respuesta de Roger Collard recuerda la solemnidad dramática de Racine en Iphigenia: "Un rapport clandestin n'est pas d'un honnête homme; quand j'accuse quelqu'un, je le dois et me nomme".

El tópico es permanente pero adquiere más carácter de tópico cuando lo asimila la burguesía. Flaubert lo ha expresado muy bien en *l'Education Sentimentale*. En la reunión en casa de Dambreuse, cuando se sabe la detención de Sénecal, un propietario dice "On n'est pas honnête, quand on conspire!" y un administrador grita: si supiera que mi hermano conspiraba le denunciaría.

Por otra parte hay que tener en cuenta que cuando la conspiración se resuelve en convencimiento generalizado no hay quien no conspire. Apenas se encuentra alguien que no tenga veta de conspirador. Esta clase de conspiración, conspiración convencional o trivializada, produce un tipo de mucho interés psicológico y social: el conspirador tolerado.

Hay una situación política especial que suele darse cuando están acabando las dictaduras personales. Son situaciones irremediables, que exigen por sí mismas una solución y que se sostienen, fundamentalmente, por su peculiar carácter de irremediabilidad. Nadie puede evitar que las cosas cambien, la propia estructura de la situación lo exige. ¿Qué sentido tiene, pues, conspirar? La mayor parte de los súbditos de un Estado semejante son y no son conspiradores. Preveen el cambio próximo e irremediable. Incluso lo desean, pero saberlo irremediable y próximo quita ánimos, la gente piensa más en lo que sucederá que en lo que sucede. Cada ciudadano es un agur cuando no un profeta. Es una situación en extremo interesante y difícil de analizar. El cambio inevitable que todos esperan, parece la promesa de un renacer. ¡Cuando esto cambie es la fórmula que más se oye. Una esperanza, que no tiene funda-

mento real para la mayoría de la población, ilumina el porvenir de todos y de cada uno. Se abre un paréntesis que está lleno de ilusiones y en el que se mezclan los problemas personales con los colectivos. También hay inquietud, pero es menor que la esperanza. El cambio que se espera es una especie de novedad lustral que nos dejará limpios de pasado y nacidos para el porvenir. En estas situaciones conspirar y vivir son casi lo mismo. La conspiración tiende a ser un quehacer literario popular en el que se ejercita la imaginación. Si no se conspira se dice que se conspira y prácticamente es igual. ¿Qué hace en esta situación un conspirador auténtico? ¿En la semipenumbra que produce la imaginación de todos puestos a inventar y predecir, qué sentido tiene conspirar? Hasta quienes gobiernan tienen conciencia de la esperanza general y no ignoran que, en el fondo, cada ciudadano es un conspirador. Pero también saben que son conspiradores del porvenir irremediable, poco peligrosos en el instante actual.

Parece que la conspiración necesitase controlar el porvenir político al margen del mecanismo de una necesidad inexorable inmediata. Si Bruto hubiera sabido que César tenía un cáncer es muy probable que Bruto no se hubiera conjurado para matar a César. En otras ocasiones la edad del Dictador, o el simple estancamiento o anacronismo de las instituciones produce el mismo resultado.

La situación exactamente contraria aparece en aquellos casos en que las instituciones y su peculiar adecuación a los elementos espontáneos de la vida social, hacen innecesaria la conspiración. La última conspiración inglesa ocurrió en el siglo XVIII; después no ha habido necesidad de conspirar. El sistema parlamentario inglés ha abolido la conspiración, e incluso la clandestinidad. Este es un hecho solo en apariencia poco importante, pues, si bien se mira, supone la transformación de la vida política por la canalización de la protesta y el cambio a través de instituciones. Si la conspiración se trivializa ante lo irremediable, también se anula ante la libertad. La libertad para conspirar acaba con la conspiración. Hace a la vez innecesario el secreto que alimenta la conjura.

Quiero insistir algo más en la conspiración trivializada, a la que literatos y ensayistas han concebido, a mi juicio, demasiada poca importancia. El conspirador tolerado ha sido nuestro punto de partida inmediato, volvamos a él. Si existen estas tres condiciones, falta de ideales, seguridad respecto de un cambio futuro y un aparato de coacción político y social eficaz, el conspirador se trivializa y la clandestinidad se transforma más o menos, en conveniente discreción. Antes he llamado al conspirador que vive esta situación conspirador tolerado. No es expresión acertada, habría que llamarle conspirador sin escenario o conspirador sin gravedad. Porque, fundamentalmente, esto es lo que ocurre; que el conspirador, aun con la mejor intención, no acaba de encontrar un ambiente adecuado. Por varias razones, entre ellas las expuestas, no hace pie en terreno sólido. Nadie, ni él mismo, toma por completo en serio lo que hace. Es una situación parecida a la del actor que declama unos versos famosos ante un público seducido a medias. Poco a poco actor y auditorio

entran en el trance de empeñarse en un entusiasmo que deben tener y no tienen. Los conspiradores, en esta situación, recitan bellísimos versos morales y patrióticos, pero falta algo, las invocaciones y las censuras flotan ingravidas sin cuajar en hechos, por lo menos en hechos decisivos. Las gentes quieren veranear, ir al cine, medrar y . . . conspirar en los ratos de ocio. Nadie lo dice, nadie tiene el valor moral de denunciar la situación. Cuesta trabajo despojarse del manto heroico y aparecer en calzas raídas. Nada de esto quiere decir que el conspirador no ponga la mejor voluntad, que sus opiniones no tengan valor moral, a veces extraordinario; quiere decir que no puede, pues las convicciones no arrastran, el futuro inmediato equivale al destino y parece ajeno a la voluntad de los hombres, y por otra parte, la maquinaria de coacción estatal es perfecta, aunque a algunos de sus profesionales les guste, para descanso y distracción, conspirar.

Aunque quizás no falta lector a quien moleste esto que digo, es inevitable tomar conciencia de ello si se quiere opinar con rectitud. Son situaciones peculiares en las que no hay propiamente conspiración ni conjura, sino una difusa oposición generalizada que espera el momento de encontrar ideas y organización. Son a mi juicio momentos muy peligrosos, previos y precursores de continuas inquietudes. Estado de declinación y sopor que, si se puede, hay que convertir en vigilia. Además en estas conspiraciones ingravidas, siempre hay víctimas. Víctimas con mucha pena y poca gloria, por lo general jóvenes que arrastran en la cárcel unos años de su vida, sin que despierte su sacrificio la indiferencia o la modorra de los demás.

España, que ha sufrido con relativa frecuencia situaciones de ruptura en las que un cambio inmediato se ofrece como si fuera el destino, brinda buenos ejemplos.

Uno de los mejores es el reinado de Carlos II, tanto durante la Regencia como cuando los españoles estaban convencidos de que el Rey moría sin sucesión. Se intrigó sin descanso y sin ideales. La salud del Rey estaba constantemente comprometida. Nada había seguro para la sucesión. La economía, la administración, el nivel intelectual del país eran ajenos a Europa. La gente esperaba rehuendo la gravedad del compromiso, quizás asustada del sin-futuro. El clima de descontento y la conspiración a medias se reflejaba en los pasquines, medio utilizando entonces para expresar la opinión prohibida. "El mayor riesgo en que estamos, decía el Marqués de Atona, según refiere el Duque de Maura, es la falta de justicia y la desautoridad de ella, atreviéndose el pueblo a hablar tan licenciosamente, como manifiesta tanta multiplicidad de pasquines contra el Gobierno, que aunque de estos no se han librado en otros tiempos, aun los más acreditados, pero tantos ni con tanta libertad nunca se han visto".

D. Juan de Austria representó un papel de conspirador tolerado, apoyándose, quizás inconscientemente, en la seguridad de que no le iba a pasar nada y convencido por otra parte de que no podía levantar al Reino contra la Reina madre. El lector de documentos de la época tiene la impresión de que conspiración, amenazas, huidas políticas y desobediencias al poder, son con-

vencionales y se realizan sólo hasta el punto en que dejarían de serlo. Cataluña podría haberse alzado con facilidad, Aragón podría haber exigido sus antiguos privilegios. D. Juan estuvo en Barcelona en condición de faccioso, viajó por Aragón en un ambiente de excitación y espera. No pasó nada. Nadie quería comprometerse. La propia condición de futuro irremediable quita riger a estas situaciones que, además, son esencialmente políticas y en mínimo grado sociales. Es necesario recordar que conspiración en sentido auténtico no hay si los que conspiran no se atribuyen un programa de reformas sociales. La conspiración es esencialmente un fenómeno político moderno y responde a las exigencias de la lucha de clases. En los países en los que no ha habido lucha de clases hasta muy tarde no ha habido conspiraciones propiamente dichas, sino conjuras políticas para hacerse con el poder. Quizás por esta razón en España no se encuentran ejemplos de conspiraciones hasta muy entrado el siglo XIX, cuando la lucha violenta por el poder va unida a programas de reformas sociales.

La palabra que mejor descubre la situación general en la que vive el conspirador ingrátido es la de intriga. En realidad un conspirador tolerado es un intrigante. Va contra el poder desde las posibilidades que el poder concede de acción hostil, sin recurrir abiertamente a la opinión pública ni llegar al compromiso definitivo. La intriga tiene carácter palaciego y de privilegio de grupo. De un modo u otro el conspirador tolerado es conspirador de clase y la conspiración ingrátida suele hacerse dentro de los límites de la espectación pasiva de la mayoría del pueblo, que tiene interés pero no toma parte entusiasta en los acontecimientos.

Si la intriga se perfecciona y pasa por la conjura, deviene rebelión, es decir, acción violenta contra el poder constituido por los propios encargados de defenderlo. En tiempos de decadencia, cuando se había perdido el instinto político con referencia a los tópicos literarios, Calderón de la Barca escribió una comedia en la que el ejército se levantaba contra el Rey. Es un tema insólito en España el tema de la Rebelión contra el titular de la Corona. Los teóricos escolásticos, habían justificado la rebelión cuando, dentro de determinadas condiciones, su protagonista era el pueblo. Pero la rebelión palaciega y militar que describe Calderón no tenía justificación ninguna de acuerdo con los criterios escolásticos. Calderón rehuye la intriga política y la conjura. La rebelión parece un recurso literario sin contenido político. Se confirma la tesis de V. Llorens de que el teatro español en el Siglo de Oro está condicionado por el principio inmutable de la realeza, que confiere al drama español un sentido político permanente, pero le priva de valores trágicos en cuanto la Corona equivale a algo flexible y justo que protege la libertad, no la impide.

Hay un autor en el Siglo de Oro español que está obsesionado por la idea de la conjura y, por consiguiente, por la idea de fragilidad y fuerza unidas al poder político personalizado. Es una mente que se asemeja a la de Shakespeare en cuanto a la obsesión por el poder político como fuente de situaciones dramáticas límites. Me refiero a Quevedo. No conozco un caso parecido en nues-

tra literatura de preocupación por el poder en cuanto manifestación de la voluntad de poderío. No hay nada semejante en ningún otro escritor del tiempo. La voluntad de poderío brotaba de todos y cada uno de los españoles de la época como un modo natural de convivir y supervivir. Desde el esportillero al Duque la nota que definía al español era *ser más*. Si se hubiera hecho una encuesta como decimos ahora, preguntando al labrador "tú que quieres", hubiera respondido "¿Yo? Ser más". Si se preguntase al soldado, hubiera respondido "¿Yo? Ser más". Y así hasta agotar las posibles clases de españoles. La voluntad de poderío generalizada al máximo y convertida en cualidad primordial ciega para reconocer méritos o cualidades positivas ajenas. Hasta el halago tiene un fondo de burla o sarcasmo. Sólo se elogia a los muertos, porque los muertos no tienen voluntad de poderío. Hace falta un límite a la agregación de tantos "ser más", este límite está en la realeza. La realeza da sentido a querer ser más porque no se quiere ser rey. Todo lo que es real tiene un límite. El límite que da realidad a la voluntad de poderío máxima y generalizada es el Rey. Por eso decían los españoles "del Rey abajo ninguno". Las personas más sensibles, que por una razón u otra, no estaban sumidas en el desconcertado mundo de "ser más", aunque perteneciesen a él, sentían repugnancia moral o lástima según los temperamentos y la educación. Quevedo asco moral, Cervantes lástima. Cervantes ridiculiza la voluntad de poderío. Hay un coro de jayanes, de estúpidos, de facinerosos de la convivencia, que muelen a palos o embroman cruelmente a Don Quijote, porque quiere ser más que nadie. Cualquier otro loco hubiera pasado inadvertido, pero la locura de querer ser más hería a los otros. No hay una sola obra de Cervantes en la que no transparen lástima y asombro ante el continuo forcejeo de la voluntad de poderío. Desde su mucha bondad, ¿qué pensaría ante tanto miserable enloquecido por el deseo y el llamamiento de ser más?

Me parece a mí que Quevedo sentía asco moral hacia sus compatriotas. Creó el esperpento que es la expresión literaria del español asqueado del desordenado e ilimitado impulso de ser más, de los españoles. Continuamente habla de los que quieren ser más, de los infinitos que se ponen el Don sin derecho, de los escuderos que quieren pasar por caballeros, de los cobardes que se las dan de valientes, etc. . . . Todos quieren ser más, menos él que es patizambo o algo semejante, que ve mal, que no tiene suerte con las mujeres, que es un hidalgüelo sin solar, que es pobre. Del asco moral a la voluntad de poderío salió el esperpento continuo que tituló "La hora de todos o la fortuna con seso". Desde Quevedo hasta hoy, hasta que la estructura social de España cambie, el asco moral ante el español enloquecido por ser más, sin límites ni consideración, producirá en las personas de fina percepción para las convenciones morales, asco y "esperpentos", si son literatos. Desde Quevedo hasta D. Ramón del Valle Inclán. D. Américo Castro ha puesto el dedo en la llaga cuando dice que los españoles quieren ser libres. Pero, a mi juicio, hay que añadir que quieren ser más que los otros, sin buscar connotaciones metafísicas. Tener más dinero, tener más mujeres, tener más, en resumen, sin límites, miramientos ni respecto que no nazcan del miedo a la voluntad de los demás.

Por las mismas razones preocupó a Quevedo la conjura, me imagino. En la conjura se ofrecían clarísimos los ingredientes de la voluntad de poderío orientada respecto del poder político. El impulso de ser más en la dimensión más propia, la lucha por el poder. Y en el centro de tantas fuerzas concurrentes Quevedo piensa en Bruto, un hombre bueno que amaba la libertad. Un hombre vacilante en la acción y perplejo en el pensar. Quevedo dice, con suma hondura, que Bruto no quería probar que convenía matar a César, sino probar que había sido conveniente matarle. Bruto, perplejo, vacilante y consumido, hasta que el propio mecanismo de las pasiones le arrastra a la acción, está definido en estas palabras de Quevedo: "Quien piensa tan profunda y continuamente que se consume a sí mismo, ¿Qué hará al que aborreciere? Pensar y callar son alimentos de los grandes hechos y venganzas".

La obsesión política de Quevedo tiene un sentido muy claro; ¿por qué entre tanto miserable que quiere ser más, no hay nadie que se conjure contra el Rey y el valido y, si alguna provincia se levanta todos concurren a aplastarla y si alguna conspiración se insinúa mil delatores la sofocan? ¿Qué les pasa a los españoles que queriendo ser siempre más soportan tan bien la tiranía? Porque "no hay tirano que no acabe, si se juntan uno que aborrece la tiranía por su naturaleza y otro que la aborrece por la razón. Entonces el aborrecimiento es cabal cuando se unen el que aborrece al tirano y el que aborrece la tiranía. Aquél incita y éste ordena: el uno es entendimiento de la inclinación del otro". Quevedo estuvo a punto de descubrir que la tiranía es, en cierto modo, una seguridad para el ejercicio del deseo desordenado de ser más. Sólo la tiranía da legalidad a este desorden. Se hubiera quedado de piedra Quevedo, si hubiera podido comprobar que en el siglo XIX, dentro de una estructura liberal, las conjuras y conspiraciones se multiplicaron.

A todo esto hay que añadir que el propio Quevedo había sido conspirador, quizás con más denuedo y alcance del que sospechamos, por cuya razón tenía y publicó el libro con recelo: "No escribo estas razones para doctrinar y conjurar a Príncipes, sino para que reinen advertidos del lugar y de las personas en que solamente sus peligros se logran". El sentido moral del que Quevedo impregna a la conjura, en cuanto en ella entran hombres honrados, le coloca en la perspectiva mejor para descubrir el anticonjurado, es decir, a quien vive por naturaleza en el medro y la sumisión. "Hay siempre en las repúblicas unos hombres que con solo un reposo dormido adquieren nombre de políticos, y de una melancolía desapacible se fabrican estimación y respeto. Hablan como experimentados y discurren como inocentes. Siempre están de parte de la comodidad y del ocio, llamando pacíficos a los infames y atentos a los envilecidos; y son tan malos que sólo es peor el que los dá crédito".

El libro de Quevedo es un libro admirable. Aparte de ser un modelo de coordinación del texto de Plutarco con los comentarios e ingredientes literarios que el autor introduce, la condición sobresaliente está en el aislar la conjura haciendo de ella tema continuo, siguiendo su proceso en el plano psicológico y estructural del comienzo hasta el fin. En muchos casos parece que leemos una glosa al *Julio César* de Shakespeare. La semejanza procede no

sólo de la continua inspiración, en ambos, en el texto de Plutarco; sino del dominio intelectual y emocional del tema.

El tratadito de Quevedo concluye con esta "Cuestión Política: Pregúntase qué hiciera Julio César si antes de entrar en el Senado leyera el memorial que le dieron, declarándole la conjura y los nombres de los que entraban en ella". Preocupación parecida tuvo Shakespeare.

En resumen admitamos el siguiente esquema como inicial resultado de los primeros ensayos anatómicos de lo que hemos llamado, en términos generales, conspiración:

1º.—La Conspiración expresa el modo como un grupo vive el compromiso secreto de conquistar el poder por la violencia.

2º.—Intriga aparece como una protesta contra el poder constituido que no cristaliza en conjura. Si se hace conjura su camino lógico es la rebelión.

3º.—Conspiración es una conjura con un fondo ideológico de reforma social, pretende apoyarse en la opinión pública y responde a proyectos de organización del poder.

4º.—La conspiración en cuanto fenómeno político social moderno incluye la clandestinidad, es decir la conciencia de que la opinión que se defiende debería ser pública y legal.

5º.—En determinadas situaciones, a las que se puede llamar situaciones de futuro irremediable, se produce la conspiración ingravida o trivializada.

Hay dos observaciones que me parece inexcusable hacer antes de proseguir. Una se refiere al comunismo, otra al "conspirador solitario".

No es fácil asociar conspiración y comunismo. La conspiración, al menos en el sentido que la palabra tiene en las lenguas románicas, posee un matiz casi inexpresable, que la refiere a la substitución del poder pero no a la substitución de una concepción del mundo por otra. No parece absolutamente propio decir que los ateos conspiran para acabar con la religión. La conspiración va directamente contra un poder y no contra los valores absolutos de una concepción del mundo. Si los comunistas se hiciesen conspiradores habrían entrado de un modo u otro en el proceso institucional de Occidente y acabarían por no conspirar. No hay palabra en el vocabulario político que designe con rigor la actitud de quienes, desde el antagonismo de las concepciones del mundo recíprocamente irreductibles, se afanan por derribar al Gobierno instituido. Por lo menos yo no la encuentro. Conspirar me parece que no es.

En cuanto al conspirador solitario no hay duda que encierra un contra sentido. Uno solo no conspira. Un hombre solo no se conjura, no comporta secretos, no aspira a substituir el poder. Quiere acabar con el poder destruyendo sus órganos físicos. El conspirador solitario, si de verdad es solitario, está vinculado de modo irremediable al atentado. El conspirador solitario no es un conspirador normal. No habla con otros comprometidos, no goza de los placeres de la previsión del poder poseído por completo, no se cita en cafés poco frecuentados, no está obsesionado por la idea de que le persiguen sin

descanso, no vive respaldado por una opinión pública actual o potencial. El conspirador solitario sólo cuenta con la posteridad. Después de atentar nacerá y crecerá su gloria. El modelo que mejor lo resume es el anarquista. El anarquista parte de dos supuestos inconvencibles, el odio a cualquier poder que implique coacción y el convencimiento de que el hombre es naturalmente bueno. Los dos supuestos son contradictorios con la tradición occidental que se apoya precisamente en lo contrario: la institucionalización de la coacción y la creencia en la naturaleza caída por obra del pecado. El anarquista constituido en conspirador solitario es el anarquista puro, que no admite ningún poder extraño a la armonía espontánea de las voluntades. Pero el conspirador solitario cae fuera de nuestra anatomía, no es propiamente conspirador.

Me quiero ocupar, particularmente, de la conspiración que se apoya en la opinión pública y vive en clandestinidad.

II

Supongo que algún lector me dirá: "eso que Vd. llama conspiración se llama hoy "resistencia". En cierto modo así es, pero hay matices que diferencian un concepto de otro. Por su origen, y por los hechos que lo han ido fortaleciendo después, el uso de la palabra "resistencia" connota un elemento nacionalista que se refiere a la resistencia a un poder exterior a un grupo que se define como nacional. La relación entre "resistencia" y poder político es menos directa y concreta que en la conspiración. La resistencia no tiene necesidad de programas sociales, ni busca primariamente cambiar y mejorar la administración. Va contra *los intrusos*. Su fin esencial estará logrado cuando la intrusión no exista. La conspiración se asienta sobre otras bases. Desea substituir el poder existente para imponer estructuras y programas distintos o cambiar el comportamiento personal de quienes detentan el poder, pero no se define por la intrusión. De aquí que los ámbitos de popularidad de conspiración y resistencia sean diferentes. En la resistencia suele participar todo el pueblo porque en muchos casos tiene un carácter puramente moral. La conspiración tiene siempre un carácter más político que moral y su público es menor.

La conjura, centrándonos otra vez en los orígenes de nuestro tema, tiene secretos y compromisos compartidos, por un grupo minoritario que le dan un carácter casi religioso. Los literatos descubrieron en seguida las posibilidades estéticas de la conjura y a ellos hemos de recurrir para definir brevemente sus condiciones esenciales. Parece que conjurarse es un tema literario muy antiguo, no obstante, pondré ejemplos post-renacentistas por una razón, porque, a mi juicio, los mecanismos psicológicos de la acción política no se incorporan a la literatura desnudos de otras conexiones hasta después de Maquiavelo. Maquiavelo significa, en este sentido, el descubrimiento de las motivaciones psicológicas de la conducta del hombre frente al poder político como un hecho

con sentido propio. El propio Maquiavelo recogió este hecho y lo convirtió en tema literario, en el *Príncipe*. A partir de este momento, hablando con la imprescindible generalidad que estos temas requieren, la libertad occidental pudo dramatizar la política en cuanto tal política y la literatura política, en cuanto género literario, ha sido siempre Maquiavelismo puro. *Macbeth* es una obra maquiavélica, lo mismo que *La vida es sueño*. Por otra parte hasta Maquiavelo el escritor literario de temas políticos no había alcanzado suficiente distancia de la política para poder aplicar la perspectiva irónica y esto es indicio de falta de dominio y maestría. En el orden histórico un género literario, en el sentido que aquí tomo la expresión, no ha alcanzado la madurez hasta que no se ha expresado con ironía. Algo semejante se puede decir de la literatura en cuanto quehacer personal.

Shakespeare ha descrito muy bien uno de los elementos esenciales de la conjura, la intolerancia moral. El conjurado es un intolerante moral, por lo menos en aquello que concierne a la conjura. El conspirador no. El conspirador quizás tolere la inmovilidad: no tolera, sin embargo, la ineficacia.

Quien se ha conjurado necesita una justificación moral inconvencible. Debe estar convencido que tiene la razón. No razón, sino "la Razón", una entidad objetivada que puede llevarse de un sitio a otro. El literato se percató en seguida del caudal dramático que encierra que no llegue el conjurado a conseguir tal convencimiento.

El mejor ejemplo de inquietud moral y necesidad del convencimiento de tener la razón ante las posibilidades de la conjura, lo ofrece Brutus, en el drama *Julio César* de Shakespeare.

"A mí mismo no me entiendo (dice Bruto). Algo me falta de la fuerza de alma que tiene Antonio. Déjame huir, Cassius, de tus deseos. Te dejo".

Shakespeare partía de la idea que un drama no tiene dignidad si no está en conexión directa con el máximo poder político y el máximo poder social. El drama de la gente pobre carece para los escritores post-renacentistas de plenas posibilidades literarias. Ya sé que este hecho responde a la estratificación social de la época. No obstante, preocupa la unidad casi irrompible que Shakespeare construye entre la responsabilidad política y social del poderoso y el drama. Parece que Shakespeare creyera que un alma sólo llega a ciertos niveles de inquietud cuando es el alma de un poderoso en el mundo. Lo contrario ocurre en cierto modo en el teatro español, en el que los poderosos permanecen imperturbables y siempre tienen una solución, y el hidalgo o el noble medio es el protagonista de la acción dramática.

Brutus vacila: necesita, cabeza de la conjura, la plena seguridad moral.

"¿A qué peligros me conduces, Cassius? ¿Qué descubres en mí mismo que yo no creía que estuviera en mí?"

Introspección y autoconocimiento de fuerzas oscuras que no son propiamente preocupación moral, que hay que sofocar o encubrir con el fin ético de la acción, alegando lealtad a unos u otros principios. El conjurado, en el orden político, rechaza por lo común, posibles motivos personales. No es intriga, sino conjura y como dice Brutus,

It must be by his death: and, for my part,
I know no personal cause to spurn at him . . .

No obstante, la seguridad moral y tener la razón ocultan algo que en la conjura suele ir unido a motivaciones rigurosamente personales. Por lo común es resentimiento moral, que en ocasiones apenas cabe diferenciarlo de las razones morales.

Es mucha verdad que en las conjuras políticas siempre hay uno o varios conjurados que tienen conciencia de los motivos reales y que están, por lo tanto, sobre los pretextos o encubrimientos éticos, pero aún en este caso nunca dirán que su conducta es deliberadamente inmoral. La estructura de un grupo de conjurados, el modo de compartir el secreto, el sentido político del compromiso exigen que al menos en la forma, todos defiendan y se digan sostenidos por un principio moral, que es el fundamento de tener razón. En la misma obra de Shakespeare, hay un ejemplo muy claro, el de Antonio, un ambicioso sin escrúpulos que espera que la ola de la fortuna de Bruto suba para montarse en la cresta, pues,

Hay una ola en los negocios del hombre,
Que si se coge a tiempo lleva a la fortuna.

No quiero cansar al lector con comentarios sin mayor interés sobre una obra tan conocida. Apenas hay una gran obra de Shakespeare en la que no haya una conjura.

Otra condición inexcusable en el conjurado es el valor.

Un caso sumamente interesante—tan interesante como triste—es la conjuración de los militares franceses en Argelia contra el Estado Francés y la población árabe argelina. Hay muy pocos ejemplos, que yo sepa, de conjuraciones análogas. El elemento "conjura" es muy claro en el secreto, la cerrada complicidad y el riesgo permanente. Se manifiesta también en la crueldad. Apenas hay conjura sin crueldad y algo de voluptuosidad. A veces la voluptuosidad llega al sadismo moral de sentirse héroe y criminal conjuntamente. En la conjuración de los *ultra* franceses en Argelia concurren otros elementos. Hay una sombra de "resistencia" contra un poder exterior y algo hay de rebelión. Además y quizás esto predomine, el deseo invencible de continuar la aventura, y ganar tensión en unas vidas que distensas, rutinarias y metidas en los placeres virtuosos de la vejez obediente no saben subsistir. En esencia la conjuración o rebelión de Argelia es una conjuración de viejos. La revuelta, llevada con una voluntad implacable, a los años en que existía justificación moral y dignidad biológica.

El viejo es una fuente de dificultades en una situación de cambio. No hablo del anciano, sino del viejo de nuestro tiempo, del hombre que tiene de 60 a 75 años más o menos. Con buena salud, energía intelectual, prestigio en ciertos ámbitos y un pasado tumultuoso, que absorbió la totalidad de su vida en los años de juventud y madurez, y que no está compensado con un presente

de paz, el viejo no quiere ni puede descansar. Tiene que hacer algo y lo hace, pero lo hace por lo común si el viejo es militar, desde atrás y con ideas quietas. No son terribles los ancianos, sino los viejos. Viejos activos para la conjura y la acción, como aquellos soldados que pasaron de las guerras de Italia a América y que tanto dieron que hacer. A los viejos les secundan jóvenes, pero ellos son fuerza motriz y propulsión. Vejez y ancianidad admirables, como la de Goethe, van desapareciendo. Tienen hoy poco sentido. Por eso, entre otras cosas, respetamos tanto las excepciones que quedan.

Aun no existe literatura sobre la conjuración argelina. Pronto tendremos recuerdos, crónicas e incluso novelas. Entonces saldrán a luz los viejos contemporáneos crueles e irritados. Entonces veremos, en fórmulas, la justificación moral de la conjura y las "razones" de la intolerancia.

El conjurado necesita valor. Sólo valor físico no es propio del conjurado. El valor físico nada más, aparece en las rebeliones de los países subdesarrollados, en los que la bravura personal es la fuente principal de reclutamiento y seducción y donde las instituciones jurídicas apenas cuentan. Facundo Quiroga se rebela, no se conjura. La conjura pide cierto nivel de institucionalizaciones jurídico políticas, incluso un fondo de respeto hacia el poder en cuanto tal. El conjurado se ha educado en el respeto al poder y necesita de un período previo de auto-convencimiento moral más la apoyatura del secreto y la complicidad. Es por consiguiente, valor moral mezclado con valor físico. Esta asociación no siempre existe; ni siquiera es frecuente. Por otra parte existen procedimientos, digamos "clínicos", para quebrantar el valor moral, hasta el punto de prevenirse algunos conjurados con venenos rápidos para evitar el inexcusable rendimiento. El Duque de Híjar resistió el tormento que le aplicaron tres veces; sin embargo, no confesó que había conspirado para levantar Aragón. Debieron apretarle de verdad las cuerdas pues los médicos le aconsejaron una bota con suela de plomo para ver si el músculo de la pierna recobraría la elasticidad. Quizás el bueno del Duque, que salvó con su silencio su honor y el de su Casa, no hubiera resistido un lavado de cerebro.

El conjurado sabe que si fracasa se pondrán a prueba su valor físico y moral. Por eso tiene a veces un comportamiento de iluminado y ya desde el principio se estrenó para la muerte, y procura fortalecerse en cualquier instante en esta idea. Citaré como un fino ejemplo, un párrafo de la obra de Valle Inclán, *Tirano Banderas*:

"El pensamiento de la muerte había puesto en aquellos ojos vueltos al mundo sobre el recuerdo de sus vidas pasadas, una visión indulgente y melancólica. La igualdad en el destino determinaba un igual acento en la diversidad de rostros y expresiones. Sentíanse alejados en una orilla remota y la luz triangulada del calabozo realzaba en un módulo moderno y cubista la actitud macilenta de las figuras".

Valle Inclán introduce constantes elementos grotescos y emplea un lenguaje convencional que exige que el lector interprete y componga, página por

página, las situaciones y los conceptos. No obstante, muy pocas veces se ha expresado con la misma exactitud la identificación entre poder político objetivo y las motivaciones psicológicas. Es necesario que exista un alto nivel de eficacia institucional y de subsunción de la actividad política en la administrativa, para que los elementos psicológicos se diluyan. En este caso conjuras y conspiraciones tienden a desaparecer. En los países desarrollados una conjuración, e incluso, una conspiración son un anacronismo. Es muy buena señal que se hayan hecho tema, es decir, que necesiten la curiosidad y el tratamiento teórico.

El valor en cuanto ingrediente esencial de la conjura y el temor de que llegado el momento desaparezca, lo dice admirablemente un texto antiguo que debo a la amabilidad de Claudio Guillén. Al llegar la Inquisición a Sevilla, unos cuantos judíos principales hicieron frente contra ella "e estos dijeron entre sí ¡qué os parece contra de nosotros! ¿Nosotros no somos los principales de esta ciudad en tener, y bienquistos del pueblos? Fagamos gente. Vos, fulano, tened a punto tantos hombres de los vuestros; e vos, cetano, tened a puntos cuantos, etc. . . e así fueron repartiendo entre las cabezas, armas, gente e dinero, y las cosas que pareció necesarias. E si nos vinieren a prender, con la gente y con el pueblo meteremos en bullicio la cosa, e así los mataremos, e nos vengaremos de nuestros enemigos. Dijo entonces un judío anciano que estaba allí: ¡Fijos, gente bien, me parece estar a punto, tal sea mi vida, pero qué! ¿los corazones dónde están? ¡Dadme corazones!"

La última frase "¿los corazones dónde están? ¡Dadme corazones!" encierra el ingrediente de decisión obstinada superior al miedo a morir, sin el cual ninguna conjura, en el sentido exclusivamente político que en este ensayo damos al término, puede triunfar. Hasta los medrosos simulan valor y a veces lo tienen. Se entremezclan de tal modo los compromisos, el secreto, la mutua sospecha y acechar, con la proximidad física y la continuidad en el trato, que en ocasiones el propio mecanismo de la conjura y conspiración produce valor.

¿Está esto en conexión con la traición? No siempre el origen de la traición es la cobardía, pero con frecuencia el traidor lo hace por miedo mental. La interpretación literaria ha creado puntos de vista tópicos. En particular la interpretación romántica, para la cual quien traiciona por miedo es un pobre hombre y por lo común, un personaje de humilde estrato social.

Martínez de la Rosa, que tenía sus preocupaciones fundamentales afinadas en la política, ofrece un buen ejemplo de drama romántico convencional construido sobre una conspiración. Tiene este autor dramas políticos para todos los gustos, pero ninguno tan insulso y perfecto en los tópicos como "La Conspiración de Venecia". Martínez de la Rosa rehuyó en este caso el traidor, por razones de moral de la conspiración me imagino, y se socorrió de los espías y de un delator cogido en la trampa del miedo.

Morosini.—¿Qué ha divisado hoy el proscrito, que se halla refugiado en el Palacio del Embajador . . . ?

Espía 1º.—Sólo ha confirmado lo que ya sabíamos; pero ofrece revelar hasta lo más mínimo, para ganar su indulto.

Al drama de Martínez de la Rosa le falta el traidor. En el orden de la tradición literaria una conjura descubierta, cuyos autores mueren en el suplicio, necesita tanto de la mujer que pone en el dolor ternura heroica, como del traidor. No es de buena ciudadanía romper estas tradiciones.

El problema del valor en la conjura, el "dadme corazones" del viejo judío, lo ha utilizado literariamente Camus en "Los justos". Es una obra de teatro teatral, quiero decir altisonante y llena de artificios para producir una corriente de emoción que no acaba de lograr. Tampoco suscita la preocupación reflexiva. Tiene la traza de un esfuerzo académico para salir de la tradición académica. No está, ni con mucho, al nivel de las obras buenas de Camus. No obstante, para nuestros fines anatómicos vale.

El personaje más interesante, a mi juicio, de "Los Justos", es Voinov, un conjurado que pierde el valor, que no tiene corazón para matar y lo dice.

Voinov.—"No valgo para el terror. Ahora ya lo sé. Mejor será que os deje. Trabajaré en los comités y en la propaganda.

A.—Son iguales los peligros.

Voinov.—Sí, pero se puede hacer cerrando los ojos. Nada se sabe.

A.—¿Qué quieres decir?

Voinov.—Que nada se sabe. Es sencillo estar en las reuniones, estudiar la situación y dar órdenes, para que se cumpla lo acordado. Se juega uno la vida, verdad es, pero a tientas, sin ver nada.

Camus utiliza el resorte dramático del miedo moral a ver a la víctima y esboza el tipo del conspirador cuyos ánimos no excedan de la burocracia de la conspiración. Con esto se sale de los límites de la conjura. De acuerdo con el esquema tradicional y con lo que la conjura pide, nadie puede confesar que le falta valor. No se admite. Si en la conjura política hay alguien que no tiene corazón para matar los otros conjurados le matan a él. Así lo exige la peculiar estructura de la conjura, la participación en el secreto, la sacralidad del compromiso. Así ofrece el tema Dostoyevski en "Demonios".

Quizás por todas estas razones, la burguesía industrial no busca la conjura. Prefiere la conspiración.

La estructura de la conspiración moderna tiene, salvadas las distancias, características semejantes a la empresa industrial. No se trata, por mi parte, de explotar un punto de vista prácticamente agotado, atribuyendo las condiciones de la empresa mercantil a cuantas cosas caigan ante mis ojos, sino de insistir y subrayar que la mentalidad de organización se infiltró desde finales del siglo XVIII en todas las funciones sociales e incluso en las actividades disfuncionales. Los modelos de organización fueron los comerciales—manufactureros y la conspiración tiene la estructura de una empresa que pretende destruir un mercado de monopolio.

A esta anatomía le vendría bien ahora comentar las conspiraciones comerciales en la lucha por destruir el poderío de otra empresa. Desgraciadamente no tengo información bastante y he de conformarme con ejemplos al alcance de la mano.

Desde luego en la vida política Inglesa hay muy buenos ejemplos de organización conspiratoria o cuasi conspiratoria desde las contiendas ideológicas en tiempos de Cromwell. Tiene especial importancia la aparición de unos *agitators* (agitadores) en el ejército de Sir Thomas Fairfax, cuyo quehacer era, según parece, seducir por la propaganda de sus ideas. Existe un folleto cuya portada es ilustrativa:

A copy of a letter sent from the Agitators of his Excellency Sir Thomas Fairfax's Army to all honest sea-men of England: Heartily and cordially declaring their real intentions to the peace and prosperity of the Kingdom, and the firm settling and establishing of all the just interests thereof, into the hands and possessions the right Owners of them. Dated at S. Albans 21 June 1647, y agrega en la propia portada, Published by Order and special desire of the said Agitators.

La peculiar mentalidad inglesa, que sin descomponer el orden jerárquico social, permite en cada circunstancia el desarrollo de la iniciativa del pueblo, creó estos "agitators", representantes del soldado raso en el ejército presbiteriano, consejeros especializados en problemas políticos y en lo que hoy llamamos "relaciones públicas". Es pena, desde este punto de vista, que las conspiraciones se acabasen tan pronto en Inglaterra. Nos hubieran dado algunos buenos ejemplos de conspiración organizada como empresa industrial.

No obstante, nos guiaremos por las consideraciones que sobre las pasiones que contribuyen a conspirar, ha hecho un famoso inglés, que veía el problema desde una perspectiva poco frecuente, por su doble condición de economista y teórico de la moral.

Adam Smith cree que la fuente principal de desgracias y alteraciones de la vida ordinaria procede de la diferencia extremada entre las situaciones permanentes. Así, la avaricia extrema la diferencia entre pobres y ricos; la ambición entre la situación pública y la privada, la vanagloria entre la obscuridad y la fama, "the person under the influence of any of these extravagant passions, is not only miserable in his actual situation, but is often disposed to disturb the pace of society in order to arrive at that which he so foolishly admires. (Cap. III, "of the Sense of Duty").

Estas pasiones, si se vinculan a los negocios políticos suelen originar cierto "espíritu de sistema". La expresión francesa tiene en la pluma de A. Smith, un matiz especial: la turbulencia y desorden propios de las pasiones políticas pueden tener cierto espíritu de sistema que a su vez se mezcla con la opinión pública, fundada en el amor a la humanidad y en el sentimiento de hermandad con las desgracias e inconvenientes que padecen los demás. El espíritu

de sistema se orienta, por lo común, según la opinión más general en el pueblo, animándole, excitándole, incluso hasta el fanatismo. Los jefes políticos poseídos por el espíritu de sistema propenden al quimerismo y la intolerancia. "The man of system, on the contrary is apt to be very wise in his own conceit, and is often so enamoured with the supposed beauty of his own ideal plan of government, that he cannot suffer the smallest deviation from any part of it". Un hombre que sienta así: "It is to fancy himself the only wise and worthy man in the commonwealth and that his fellow-citizens should accommodate themselves to him, and not he to them".

A. Smith ha dejado el círculo, demasiado pequeño, de la conjura y ha entrado en el de la conspiración, con el espíritu de sistema, la finalidad política y la consideración de la opinión pública.

En el cap. II de la parte primera de su mencionado libro, trata Adam Smith "Del origen de la ambición y de la diferencia de clases" (*Of the origin of Ambition, and of the distinction of Ranks*). A su juicio, la humanidad simpatiza más y mejor con la alegría que con el dolor, por cuya razón, se exhibe la riqueza y se oculta la pobreza. "Nada hay más doloroso con relación a los sentimientos de la humanidad que perseguir la riqueza y confesar la pobreza". El rico es feliz, goza de las ventajas morales y materiales y expresa un estado superior que los demás admiran. La admiración y el deseo de felicidad producen respeto, de modo que sin violencia moral se tiende a respetar al rico y menospreciar al pobre. "Upon this disposition of mankind, along with all the passions of the rich and the powerful, is founded the distinction of ranks, and the order of society".

La diferencia de clases empuja a la acción social, provocando la ambición de ser más. Por esta causa, incluso en las monarquías, los puestos más elevados de la administración los disfrutaban hombres que proceden de las clases inferior y media, que poseen tenacidad, son industriosos y están empujados por el resentimiento respecto de "of all those who were born their superiors" (I sec. III).

El problema que A. Smith se plantea es, por consiguiente, canalizar de modo regular estos resentimientos y odios de clases. Acabar con la conspiración por obra de las instituciones. En el lenguaje de ahora la tesis de A. Smith podría formularse así: "en una sociedad económicamente desarrollada no hay conspiraciones".

A. Smith emplea en "La riqueza de las Naciones..." el término "opulent". "In an opulent and improved society, where all the different orders of people are growing every day more expensive in their houses, in their furniture, in their tables, in their dress, and in their equipage".

En esta sociedad opulente a la que A. Smith con frecuencia se refiere, las diferencias de fortuna y nacimiento, las dos bases del reclutamiento social, sobre todo la fortuna, o nivel económico, quedan disminuidas y las pasiones que se mueven se achican hasta ser estímulos valiosos en el orden social.

La tesis de A. Smith, uno de los hombres más inteligentes de Europa moderna, resultó en exceso avanzada, quizás porque estaba en los albores de la industrialización. La sociedad opulenta no ha surgido, y sólo localmente, hasta hoy.

Odio de clase, desigualdad y resentimiento social son las perspectivas desde las cuales el pensador y el literato de la Restauración Inglesa miran al mundo.

“La condición que más sorprende al lector de la tragedia de la Restauración, dice con mucha justeza B. Devrée, es la falta de realidad. No es irreal por el argumento ni por los detalles, que se repiten desde Aeschylus hasta Fausto, en toda la tragedia que merezca este nombre; sorprende por la evidente irrealidad de las emociones que envuelve” (Restoration Tragedy—1660-1720; (pág. 13) Oxford, 1929.)

Adam Smith que escribía años después de la tragedia heroica, pensaba desde categorías de pobres y ricos y en la sociedad opulenta. Los literatos románticos que dramatizaron la conjura introducen, inconscientemente, en ocasiones, al pobre. Si no al pobre al inferior y le atribuyen la ambición de libertad que equivale al deseo de ascender de clase y enriquecerse. En el romanticismo los literatos de más talento y sensibilidad piensan desde el modelo de conspiración; es el modelo que corresponde a la burguesía industrial.

En este sentido Schiller es una decepción. No sale del ámbito de la intriga y la conjura. Es cierto que no tenía experiencia de conspirador, pero tampoco la tenía, que se sepa, Adam Smith, y llegó a mayor hondura y actualidad. Incluso la obra que más se aproxima, en cuanto al tema, a nuestro ensayo, *Die Verschwörung des Fiesco*, es una intriga construída sobre pasiones convencionales. Es tan pobre como la *Conjuración de Venecia*, a la que sirvió de modelo.

Mucha más perspicacia tiene Goethe. Es consciente de las condiciones de la estructura social en la conspiración. Conspirar no es sólo apasionarse, sino destruir y construir contando con la opinión. En este sentido es tan actual como Bertold Brecht. Por otra parte Schiller, lo mismo que Goethe y la mayoría de los dramaturgos modernos de mucho valer, no se aparta de la idea de que el drama sólo tiene dimensiones que se aproximan a la tragedia, cuando es un drama en torno al poder. En este sentido desde Shakespeare, la política ha substituído al hado de los antiguos. El drama político de Goethe, muy superior a los de Schiller, en el que el poder es base de la vida y de la acción de los personajes, es *Egmond*.

Los ejemplos de conspiración que proceden de la literatura moderna ofrecen la misma característica de aplicar el punto de vista de la ciudadanía y de las ideas modernas a hechos históricos que no se vienen con esta perspectiva. Goethe hizo de *Egmond* un conspirador de acuerdo con las ideas de finales del siglo XVIII; un conspirador con una fe reminiscente en la ley establecida. El conspirador moderno conspira, por regla general, dentro del ámbito de confianza de un cierto orden. La confianza procede del constante aumento de justicia y de la práctica de vivir en un Estado dentro de una comunidad de

Estados. Desde el siglo XVIII, hablando en términos generales, el poder, por absoluto que sea, es poder del Estado y se expresa por actos legales. La práctica de la legalidad, el hábito a las leyes y decretos, hace que el ciudadano confíe en un orden legal, aunque esta confianza no esté justificada. Las tiranías modernas legislan sus arbitrariedades. La ley es un medio por lo común inexcusable para ejercer incluso la violencia. La costumbre de la ley hace de los conjurados conspiradores. No se habla con un conjurado que no diga "cuando yo tenga que declarar ante el juez". Este es un signo de conspiración y no de conjura. Es casi imposible arrancar del occidental moderno el prejuicio de la confianza en la legalidad. Desconfía más y antes de la moralidad que de la legalidad. Sin embargo, la experiencia dice, que en las dictaduras tiránicas, debería ser al revés.

Pero oigamos a Egmond, que expresa muy bien lo que yo quiero decir.

"No Orange, no. Eso es imposible. ¿Quizás se atreverían a prendernos? Encarcelarnos sería un error grave. No pueden hacerlo. No se atreverán a poner tan alta la bandera de la tiranía. El viento de semejante noticia levantaría un inmenso incendio. Además ¿qué conseguirían? El Rey no puede juzgar y condenar por sí sólo. ¿Nos mandaría asesinar? No, seguro que no lo hace. Si lo hiciera crecería una terrible hermandad popular: odio y guerra eterna al sólo nombre de español, esto conseguirían".

"Orange.—Sí, pero el incendio iluminaría nuestras cenizas. Correría la sangre de inútiles sacrificios. Piénsalo, Egmond".

Orange es en este sentido, un hombre más antiguo que Egmond. Egmond es incluso un precursor. La inquebrantable confianza de este último en la legalidad, confianza irracional y sin fundamento en los hechos como se demostró después, es condición propia del conspirador moderno, entrenado desde niño según el prejuicio de que la legalidad es la forma inexcusable de la relación con el delito. Orange más primitivo, es decir menos cultivado, prevee la reacción del Duque de Alba que con una nueva ley destruye las que tanta seguridad daban a Egmond.

Por otra parte Goethe, incluye a burgueses que significan la opinión. Nadie se percató con tanta justeza antes de él de que la conspiración moderna se apoyaba en un estado de conciencia generalizado.

Aún es más notable el análisis goethiano de lo que hemos llamado conspiración ingrávida. La comedia de Goethe se titula *Die Aufgeregten*. Es una obra irónica cuyo título se puede traducir, sin perder de vista la intención irónica, "Los Rebeldes". La propia estructura de la comedia es anómala y señala las dificultades con que tropezó el autor e incluso la conciencia de la hondura del tema. Es una comedia inacabada. No incompleta, inacabada. La acción se interrumpe hacia la mitad y el autor confiesa que la escena es muy difícil y que no tiene tiempo para pensarla y escribirla. Con la última escena ocurre lo mismo. Goethe la explica en prosa. A mi modo de ver la dificultad no nacía de la falta de tiempo, ni de cansancio del tema, sino de las dificultades del tema. No es fácil, sin que la ironía se transmute en comicidad, tratar de la conjuración ingrávida. No es fácil en forma de novela, menos en teatro.

Goethe, sospecho, no estaba en condiciones psicológicas e intelectuales de acabar cumplidamente un tema así.

La conspiración ingrátida, creo conveniente insistir en esto, responde a exigencias sociales y económicas, que merman radicalismo a la actitud del conspirador. No se trata de un defecto moral, sino de una situación en la que el entusiasmo y los convencimientos no acaban de convertirse en acción hostil contra el gobierno sin más límites que los que impone la propia acción. Son conspiradores de buena fe, poseídos de entusiasmo moral que si en algún caso derivan hacia lo cómico, es por el prejuicio occidental de que sólo las conductas radicales son realmente valiosas.

Brême, el personaje principal en *Die Aufgeregten*, es el cirujano-barbero de un pueblecito que, sin rigor ninguno, se puede poner en Suiza de lengua alemana. Con mucho ingenio Goethe define a Brême por las siguientes notas. En principio Brême es un hombre con tradición. El modelo constante por el que rige su conducta es su abuelo que era, según la descripción del nieto, gran lector de gacetas, hojas subversivas y libros de divulgación. Un experto en política. Brême, dominado por esta herencia, ha leído también el "Theatrum æuropeum" y se tiene por un sabio. La tradición familiar de Brême es típicamente burguesa y se contrapone a la tradición de los Condes que poseen el pueblo.

Brême habla sin descanso. Se concierta con el Gobernador de esta nueva ínsula y pasan las noches en claro comunicándose sus proyectos. Alrededor de ellos la vida transcurre por los cauces de siempre. La sobrina de Brême se enamora, los campesinos andan detrás de mejorar su situación, el administrador roba. Pero Brême arrastrado por una fuerza de la que él mismo no es por completo consciente, habla y las palabras engendran la acción. Es el burgués modelo que en un mundo perfectamente ordenado se deja arrastrar por la ideología de la Revolución francesa. La palabra de Brême prende en otros burgueses y campesinos. Fórmulas repetidas por las gacetas francesas, cuyo sentido pleno los conspiradores desconocen, son el fundamento teórico de la acción. Nadie cree por modo absoluto en estas fórmulas. Su valor ritual y el prestigio de su eficacia en otros lugares provoca cierto respeto, pero no es la confianza que procede del conocimiento claro. Nadie, ni el propio Brême cree radicalmente lo que dice cuando expresa refiriéndose a sí mismo y tres campesinos no demasiado despiertos: "Ya llega el Gobernador. No bromeéis. Hemos de recibirle solemnemente. Nuestra presencia debe moverle al respeto, pues somos ahora, *in nuce*, los representantes de la Nación Soberana".

Esta expresión, *in nuce*, es en este caso un modelo de ambigüedad y de proyección irónica.

Goethe subraya aún más el alcance quimérico y creador del conspirador burgués; en cuanto la conspiración de Brême no hacía falta. Con una hora de conversación se hubieran arreglado las cosas, sin más turbulencias ni conspiraciones.

Es verdad que Goethe deriva a veces, no muchas, a situaciones cómicas, pero las elude consciente de que ha tocado una veta profunda que exige más que el tratamiento de la comedia cómica. A mi juicio esta consciencia le impidió acabar la obra. La mutilación de la forma teatral de *Die Aufgeregten* procede de la conciencia moral del artista en cuanto artista.

En todo caso Goethe sugiere tres ideas importantes para una Anatomía de la conspiración. Tres ideas que se avienen muy bien con los hechos: la conspiración en cuanto mecanismo, que procede lo mismo que un móvil en un plano inclinado, acelerando su velocidad si nada lo impide; la conspiración expresándose como una necesidad inevitable; la conspiración en cuando falta de ponderación justa de los hechos.

Desde diversos ángulos puede tratar un literato estos aspectos. Son una fuente de dramatismo, pero son también esencialmente irónicos en cuanto exceden las posibilidades de la libertad.

Por los mismos años que escribía Goethe, escribía Alfieri sus tragedias. Son tragedias políticas, y en cierto sentido, el desarrollo de sus propias teorías políticas.

Los puntos de vista políticos que impregnan los melodramas alfierinos, están, digamos que sistematizados, en su tratadito "Della Tirannide". A juicio de Alfieri tiranía indistintamente "apellare si debbe qui qualunque governo in cui chi è proposto alla esecuzione delle leggi può farle, distruggerle, infrangerle, interpretarle, impedirle, sospenderle od anche soltando deluderle, con sicurezza d'impunità". La lucha pues contra la tiranía es una lucha en favor de la supremacía de la ley. Cuando una persona lucha por la libertad contra el tirano, combate por imponer o restablecer el Derecho que, en el orden político, procede de la voluntad del pueblo. No hay duda que esto limita bastante el ámbito de la conspiración.

Las razones por las que los pueblos devienen en algunas ocasiones esclavos y permanecen durante mucho tiempo en esta condición son las siguientes: En principio el miedo, pues el tirano aumenta el ejercicio sistemático del terror en proporción al crecimiento del miedo en el pueblo. Cuanto más aumenta el miedo del pueblo más aumenta el miedo del tirano. Alfieri cree que "la esistenza reale di queste due paure non è difficile a dimostrarsi". La tesis de Alfieri equivale a una corrección del famoso pensamiento de Hobbes, en el Cap. 27 del Leviathan. "Of all passions, that which inclineth men least to break the laws, is fear".

En segundo lugar está la vileza, "Dalla paura di tutto nasce nella tirannide la viltà de'più". Quienes están más manchados de vileza son quienes rodean al tirano, pues hay grandísima diferencia entre vileza y miedo. Puede un hombre honrado, por fuerza de las circunstancias, verse obligado a temer, pero temerá con cierta dignidad, callando ante la imposibilidad de remediar la situación. Sin embargo, el hombre vil hará ostentación de un temor oculto tras la máscara de una adhesión sincera. Se aproximará al tirano, celando su miedo real y multiplicándolo en sí mismo y en otros.

Al miedo y la vileza hay que añadir la ambición. La ambición es una pasión noble en cuanto empuja al hombre a trascender sus límites circunstanciales y pedir más de sí mismo y de los otros, pero en la tiranía, cerrados todos los caminos y fines virtuosos y sublimes, cuanto mayor es la ambición, más vil y torpe se hace. El miedo, la vileza y la ambición son los motivos principales a los que se unen, para sostener la tiranía, otros, como la religión, el lujo, etc. La tiranía se apoya pues, en resumen, en la corrupción moral que rebaja a los hombres a la condición de animales "Perció l'amor di sè stesso nella tirannide non è gia l'amore dei propri diritti, né della propia gloria, né del propio onore, ma è semplicemente l'amor della vita animale".

En el libro segundo de esta obra admirable Alfieri especula sobre diferentes materias aunque continuamente desde un punto de vista moral. El capítulo segundo, por ejemplo, que trata de qué modo se puede vegetar en la tiranía, comienza por este párrafo. "Vivir sin alma es el medio más breve y seguro para vivir largamente en la tiranía, pero esta es una muerte oprobiosa y continua, que yo en obsequio de la especie humana no llamo vivir, sino vegetar". El punto de vista moral es también el que alimenta sus dramas de tal modo que son dramas—dramas o melodramas más que tragedias—de la colisión entre el sentimiento moral y la situación política. Incluso el miedo es para Alfieri una pasión moral. Tener miedo en relación con el poder político es inmoral.

Esta misma ambición moral contribuye a que Alfieri no salga de la idea, que ha expuesto en la síntesis y comentarios de sus propios dramas, según la cual no existe sublimidad trágica si no intervienen las relaciones personales de odio o cariño propias del ambiente familiar. Sin una esposa que luche entre el amor de su marido conspirador y el cariño a su hermano, juez o tirano, no hay tragedia. La tensión entre las inclinaciones o los lazos amorosos privados y las exigencias del poder político producen la fuerza trágica. Es una idea antigua que se aviene muy mal con el Estado moderno que ha dividido al hombre en dos partes en relación con el poder político, su administración y su ejercicio; una pública y otra privada que apenas tienen conexión perceptible entre sí. Es ésta, como tantas veces se ha dicho, una consecuencia de la racionalización de la política en cuanto poder. Desde Maquiavelo las pasiones del político son políticas, las demás no importan o importan muy poco. Los dramas de Alfieri son dramas familiares, cuestiones de familia. Es pena que quien ha escrito libro tan original y profundo como "La tiranía" y el admirable capítulo primero del Libro II de *Del Principe e Delle Lettere*, sobre el intelectual y la pobreza, haya carecido de penetración en los dramas políticos. No describe una sola conjura o conspiración que merezca la pena.

La idea de que no existe tragedia o drama conspiratorio, sino en cuanto los conflictos privados se entremezclan con el mecanismo de la conspiración, permanece. Los dramaturgos modernos, afianzándose en el mismo supuesto han llevado el conflicto del ámbito familiar, al ámbito personal, en otras palabras: han planteado la tensión dramática entre las condiciones mentales, psíquicas y sociales de una persona y el proceso mecánico de la conspiración.

El esquema no ha cambiado, fundamentalmente, pero no hay duda que tiene o produce mayor grandeza. El análisis freudiano de la conducta se añade a la estructura estética de la conspiración. Camus y Sartre han insistido en este aspecto. Un conspirador radical tiene en sí mismo sus razones. A Hugo, en "Les mains sales", no le obliga el partido, sino su niñez, sus pensamientos, el desequilibrio de su sistema nervioso. En esta dimensión la conspiración se intelectualiza demasiado, y es necesario hacer de los conspiradores intelectuales. Sartre desea, sin duda, subrayar esta condición y hace decir al "desviacionista" Hoederer en un parlamento que tiene, a la vez, interés y belleza:

"Hoederer.—A mí me importa mucho que haya un hombre más o menos en el mundo. Es esencial, tú, amigo mío, eres un destructor. Odias a los hombres porque te odias a tí mismo; tu pureza recuerda la muerte, y la revolución con que sueñas no es la nuestra. No quieres que el mundo cambie, quieres que estalle.

Hugo.—¡Hoederer!

Hoederer.—No es culpa tuya: todos vosotros os parecéis. Un intelectual no es un verdadero revolucionario. Sólo es bueno, cuanto más, para el asesinato".

Pero desgraciadamente, esto apenas sale del ámbito de la literatura. El intelectual tiende a conspirar a medias y cuanto más culto es y más sobre los hechos está menos gusta de la conspiración. El conspirador más efectivo es el proletario o el burgués, que no ve la dificultad en las ideas sino en los hechos; hombres de cultura media o en exceso parcial. Los intelectuales muy superiores son en el ámbito de una conspiración más un estorbo que otra cosa. Les falta la obsesión del fanatismo. Tienen sin embargo, un papel importante que desempeñar en la conspiración ingrávida. En este caso su ayuda es inagotable. Goethe dice, en la comedia que he comentado antes, una cosa muy exacta, que "mucha gente se une a la causa de la libertad y de la igualdad universal, por poner su esfuerzo en algo". Suele ser el caso de los intelectuales seducidos por la dificultad de la acción. Para la mayor parte de los intelectuales el mundo de la acción equivale a un desafío que les humilla porque nunca se atreven a aceptarlo. La compensación más común a esta inferioridad, y al mismo tiempo su resultado, suelen ser las filosofías vitalistas. Pero muchos intelectuales se acercan al borde del remolino y gozan de la proximidad del peligro del vórtice, aunque, casi siempre, sujetos por una buena cuerda a un sitio firme. De esta tendencia a la acción más el deseo imperioso de seguridad nace el caudal de crueldad, pequeño o grande, que en los momentos de apuro y crisis pone al intelectual en la conspiración de acuerdo con la definición de Hobbes, cuando habla "del hombre" en *Leviathan*: "Contempt, or little sense of the calamity of others, is that which men call cruelty: *proceeding from security of their own fortune*".

Uno de los aspectos de más interés de la conspiración moderna, con clandestinidad y opinión pública es la mecanización de la conspiración, convir-

tiéndola en un engranaje que aumenta en velocidad y fuerza interna. Es muy cierto, como dice Goethe, que hay quien se mete a conspirar porque no tiene nada mejor que hacer. En este sentido la conspiración tiene las características del juego. Pero está en la naturaleza de la conspiración destruir el juego hacierto, como dice Goethe, que hay quien se mete a conspirar porque no tiene conspiración por el deseo de hacer algo y acaba entregando su vida a la violencia, sin haber alcanzado ninguna convicción. Sería menester rehacer la novela de Kafka, "La Condena", y convertir a K en un conspirador dentro del mismo ambiente de causación inexorable, compartida, aunque no se desea. Sólo por este procedimiento se podría conocer de modo intuitivo el proceso de mecanización de la voluntad lúdica de conspirar por el engranaje de la conspiración. No conozco y mis amigos no me han podido señalar, una novela o drama que desarrolle este tema. Quizás sea el aspecto más oscuro y difícil de la anatomía de la conspiración.

Parece incuestionable que en la conspiración hay un ingrediente lúdico. El conspirador siente la fruición del juego, pero también parece admisible que jugar es, desde el punto de vista psicológico, el vencimiento gratuito de un obstáculo. No hay juego, como dice, Huizinga, que no tenga reglas, pero en tanto cuanto estas reglas se obedecen desde el fundamento de la gratuidad, el juego es juego. Gratuito quiere decir en este caso, que ningún interés es mayor que el interés que provoca la propia acción. Algunos conspiradores que viven de verdad y con audacia la conspiración simultáneamente a sus planes y proyectos de orden político, juegan. El problema está en si la conspiración es para los conspiradores más que nada juego. Parece incuestionable que no falta un ingrediente lúdico, ¿pero tiene este ingrediente valor secundario o predominante?

De los diferentes círculos concéntricos que van conscribiendo la conspiración el juego tiende a desaparecer según nos acercamos a la morada interior de la conjura y el secreto y el riesgo aumenta y el miedo también. El juego implica un sentimiento de libertad y distancia frente a un sistema aunque se esté dentro del sistema. En el juego hay una especie de felicidad que procede de la libertad y la distancia con relación a las normas y un sentimiento de auto-confianza frente al obstáculo a vencer. Todo esto se interrumpe con el miedo. Los hombres—y los animales—sólo juegan cuando están libres del miedo.

Los intelectuales merodean, sin salir de los círculos externos de la conspiración. Tienden a permanecer en el ámbito de la opinión crítica o adversa, medio pública medio clandestina, gozando del juego. De aquí que sean partes esenciales de la conspiración trivializada e intervengan activamente en la conspiración moderna que requiere un transfondo de opinión pública. Pero, si alguna vez dejan el juego de los niveles más superficiales y llegan a otros más hondos o atraviesan el umbral del miedo, quedan cogidos en un engranaje del que no es fácil salir. Pierden la satisfacción, la auto-confianza, la visión estética de la política. Quieren huir, pero no pueden. Incluso aunque el engranaje flaquee y pudiera saltarse, el mecanismo psicológico de la conspiración es tan

peculiar, que volverán al juego y del juego otra vez, a la cadena que ya, es posible, no les soltará. Están sujetos. No me atrevo a decir atrapados sino sujetos, pues ellos mismos son un nudo en la sujección.

Este conspirador sujeto lucha, además, con el peso de la vida doméstica y con la moral cotidiana. No hay que olvidar la frase de La Bruyère, cuando habla de los méritos personales "Un homme libre, et qui n'a point de femme, s'il a quelque esprit, peut s'élever au-dessus de sa fortune, se mêler dans le monde, et aller de pair avec de plus honnêtes gens; cela est moins facile à celui qui est engagé; il semble que le mariage met tout dans son ordre".

Todos los conspiradores saben lo que es la mecánica de la conspiración pero la congoja del juego que deja de ser juego, sólo la conocen quienes quieren, a destiempo, huir de ella. Las conspiraciones modernas pierden, paso a paso, estos caracteres. Aunque acaben en la violencia y la rebelión, tienen un índice cada vez mayor de publicidad y clandestinidad: ambas cosas al mismo tiempo. La clandestinidad es tan extensa, en el sentido de que participan muchos de ella, que la conspiración se transforma en cripto-política y las notas que mejor la definen tienden a desaparecer. Según la política se convierte en administración la conspiración pierde sentido y se transforma en protesta y acción política institucionalizada. Hay una relación indestructible entre el poder político concebido como voluntad de dominio y la conspiración. Si el político se concibe como autoridad profesional y prestigio moral, la conspiración desaparecerá en el ámbito de la política. Así parece que ocurre en los países desarrollados, y éste parece que es el futuro de la conspiración. Pasará a ser un tema literario y quedará en ese gran cementerio de la vida que es la literatura hoy.

Pero hasta tanto y puesto que en muchos países aún se conspira, no nos alejemos de una cuestión esencial: ¿Qué mueve al conspirador? o, en términos más directos, ¿por qué conspira?

Por otra parte hay que tener en cuenta que la conspiración nace y crece donde faltan las instituciones, por cuya razón aunque al político moderno le repugne ha de secundarla, *la secunda para acabar con ella*. Quiere institucionalizar los conflictos de tal modo que la conspiración sea innecesaria. Sin embargo el conspirador nato que vive la política según la concebía el más anticuado de todos los teóricos políticos, Maquiavelo, detrás de una conspiración sueña con otra. El buen artista no descansa, su creatividad nunca cesa.

Supongo que no faltará algún lector de este ensayo, quizás amigo mío, que sea también conspirador. Supongo que estará creciendo la ira en su ánimo y que hace rato se pregunta, pero ¿y la moral! El lector, y quizás amigo, tiene razón, el convencimiento moral es inexcusable en la conspiración. La conspiración se mueve desde fundamentos morales, aunque haya conspiradores que no los compartan. Es imprescindible la justificación moral, no sólo en cuanto instrumento de seducción sino en cuanto convicción para conspirar.

Yo aconsejaría al lector y amigo que leyera, si no las ha leído, las Cartas de Schiller, que tratan de la cultura estética. Principalmente la Carta 23, en la que dice cosas que a mi juicio son a la vez inciertas y muy agudas. Schiller

dice que el libre tratamiento espiritual y estético de las cosas que nos rodean, siempre que sea posible, es señal de un alma noble. Se entiende que un alma noble no se contenta con ser libre, quiere que todo lo que le rodea, incluso lo inanimado, esté en la libertad. (1)

No creo que sea dudoso, aparte de los fundamentos metafísicos que Schiller da a su teoría, que para el dramaturgo y filósofo alemán un alma noble es noble en cuanto es liberadora, es decir, en cuanto produce libertad. Y, precisamente por esto es estética, porque el arte consiste en elevar a lo ilimitado.

La teoría de Schiller ofrece una explicación, tan valiosa como otra cualquiera, aunque quizás más bella, del arte orientado hacia la obra pasiva y la contemplación, pero en el caso del conspirador, en el que la dimensión estética se confunde con los esquemas y la dinámica de la convivencia, parece que ocurre lo contrario. El conspirador, mientras lo es, no trabaja en libertad ni la concede. En muchos casos tampoco aspira a que después de conspirar la libertad se imponga. Se monta un mecanismo que tiende a ser cerrado. Incluso los elementos lúdicos de la conspiración confluyen a esto, pues en ella el juego es siempre una relativización de la libertad respecto del grupo. La satisfacción que llamamos estética procede en este caso, de vencer resistencias internas al grupo y externas para conseguir la plenitud de la integración. De aquí, de la primacía artística que no quiere ni produce libertad, puede nacer uno u otro tipo de libertad, pero no en la acción misma. En tanto cuanto conspirar es acción y el conspirador un artista en acción: arte no es equiparable a libertad. Más bien es un artista de la clausura y limitación. Y este sentido hay que dar a sus convicciones morales.

Tradicionalmente a lo que llaman ciertos filósofos valores éticos, se les ha atribuido caracteres absolutos. Aunque se admitiera que la referencia o el contenido moral de los valores era relativo, la estructura, forma sociológica, permanece inmutable y de un modo u otro, esta permanencia llevaba a concepciones éticas permanentes con pretensiones de invariables. Parece que entramos en una etapa, los occidentales, en la cual la ética tiende a confundirse con las normas jurídicas convencionales, sin hacer demasiado caso de su inmutabilidad racional o natural. Sentarse en un departamento que dice "sólo para fumadores", si no se está en esta categoría, es inmoral. En ciertos países, Japón, por ejemplo, pasar del cupo de hijos que el Estado considera conveniente se comienza a considerar inmoral, y moral, sin disputa, el aborto. En el ámbito de la conspiración la moral tiene características tradicionales en cuanto se busca el apoyo de valores inmutables. Pero es una moral relativa al grupo que conspira e incluso, creada por la propia mecánica de la conspiración. La conspiración radicaliza la estructura de los prejuicios éticos tradicionales, pero altera caprichosamente la jerarquía tradicional de los valores.

(1) — Diese geistreiche und ästhetisch freie Behandlung gemeiner Wirklichkeit ist, wo man sie auch antrifft, das Kennzeichen einer edlen Seele... Ein edler Geist begnügt sich nicht damit, selbst frei zu sein: er muss alles andere um sich her, auch das Leblose, in Freiheit setzen. *Über die ästhetische Erziehung des Menschen in einer Reihe von Briefen*. Carta 23.

Hay grupos de conspiradores que sostienen que el valor supremo es la patria, otros dicen que la libertad política, algunos que el trono, no faltan quienes aseguren que la república. En función de esta primacía absoluta, justifican el asesinato o el pillaje. La conspiración radicaliza los prejuicios, pero no altera, al contrario fortalece su estructura tradicional. En un ámbito social en el cual las funciones éticas más inmediatas sean derecho administrativo y, por consiguiente, expresen convenciones generalizadas por la necesidad, tiene poco sentido conspirar. Nadie conspira para que aumente su índice cotidiano de proteínas. Siempre se dicen y se creen otras cosas.

Por otra parte en el seno de la conspiración se ve bien claro que la moral tradicional ha tendido en los niveles de consumo más altos—burguesía y aristocracia—a ser una actividad estética. Para un conspirador la moral no es nunca el motivo determinante. El conspirador, de un modo u otro, es un inadaptado y su interpretación de las normas éticas, está en función de la inadaptación. En el proceso de la conspiración los principios morales aceptados por y para el comportamiento general de los miembros de un grupo muy extenso, se alteran o se ponen entre paréntesis. Cuando la conspiración concluye recobran su primacía convencional. Lo mismo hace hablando en términos generales, un negociante con espíritu emprendedor.

El mecanismo de la conspiración es de tal clase que tiende a acelerar y aumentar sus propios ingredientes. Cada minuto que la conspiración trabaja, la conspiración crece, multiplicando no la suma de sus elementos, sino su interna energía, riesgo y compromiso. Si así no ocurre la conspiración es ingrátida. En el transcurso de este proceso el bien y el mal se miden con medidas conspiratorias, medidas que corresponden a las necesidades de la acción y al sentimiento estético de comunidad en el secreto y el peligro. Un hombre "noble" como diría Schiller, interrumpe la actividad libre, el sentimiento estético y la conciencia lúdica se hacen claustrales.

Pero cada vez ocurre menos esto. La conspiración tiende a ser ingrátida. Según el bienestar aumenta la conspiración pierde dramatismo. Disminuyen las situaciones propicias a la conspiración. La política abandona definitivamente el maquiavelismo, pues el poder se convierte en bien común.

Pero nada de lo anterior quiere decir que la conspiración no sea valiosa. Es un medio imprescindible en ciertas situaciones para luchar por los prejuicios morales y políticos que llevan al bienestar o al camino del bienestar. Permite también que el hombre dotado del don de crear por la acción, encuentre una salida en las situaciones tiránicas. Contrapone, por radicalización, lo bueno con lo malo. En el ámbito del sub y semidesarrollo, donde no hay instituciones adecuadas para la libre acción política, la conspiración es inevitable y necesaria. Es, incluso, terapéutica.

No tanto en el esquema estructural de la conspiración, como en los elementos psicológicos que intervienen, los matices y grados, incluso las diferen-

tes reacciones son innumerables. Siempre queda por decir mucho más de lo que se ha dicho. No obstante, no quiero alejarme del tema ni concluir este ensayo estético sobre la conspiración sin decir algo que al sabio lector le habrá pasado por las mientes hace rato; me refiero a que en todo conspirador, hay un elemento de auto-prueba. En esto también se parece al artista, si bien es cierto que en el conspirador la auto-prueba se orienta según un sentido moral. Hasta donde puede dar de sí y hasta qué punto obedezca o no a lo bueno y a lo malo. Existe incluso una especie de avidez axiológica de saber hasta qué punto los valores son realizables.

Racine, en *Athalie*, en uno de los parlamentos de Abner, tiene este verso inolvidable y que sugiere algo anterior muy parecido: "Pensez-vous être saint et juste impunément?" En cualquier conspirador existe este temor; ¿podrá estar seguro de sí cuando el mecanismo se acelere? Quizás el conspirador solitario, que no es propiamente conspirador, haya sentido con más fuerza que ningún otro este temor.

Hoy estos versos no tienen sentido pleno al nivel del desarrollo. Sólo producen una reacción estética en los "entendidos". Para el hombre medio accidental, excluyendo los niveles de inferior desarrollo ser Santo y Justo apenas significa nada. La inquietud de que lo santo produzca escándalo en el mundo es una inquietud antigua o literaria. Para el hombre medio la felicidad del bienestar no requiere pruebas personales de orden general frente a los llamados valores. La mejor prueba está en aguantar a los vecinos sin esfuerzo y hacer bien su trabajo. En la secularización absoluta y en la trivialización es muy difícil conspirar.

Supongo, y con esto ya termino, que el lector se estará preguntando dos cosas. Una, por qué no aludo a los intereses concretos, a lo que Quevedo, gran inventor de neologismos, llamaba "dinerismo".

Es evidente que en el mecanismo de la conspiración e incluso en las causas de la conspiración tienen un papel, muchas veces importante, los intereses económicos. Pero . . . una de las señales indelebles de la mentalidad conspiratoria, en el orden político, es rehusar a admitir la participación de los intereses económicos como razón de la conducta conspiratoria. Todo conspirador se define, en principio, como un hombre desinteresado. Nadie dice que conspira para aumentar su cuenta corriente. La confesión de este motivo destruiría la conspiración. Se entiende, por una convención indestructible, que el supuesto que guía la violencia y el peligro personal en la actividad política es el altruismo. Desde luego el propio conspirador lo cree así. En caso contrario estaríamos ante otro tipo de conspiraciones, las conspiraciones financieras por el monopolio de un producto o la contrata de unas minas. Los intereses económicos que intervienen en la conspiración, se ponen de inmediato en un nivel secundario. Se consideran instrumentos del altruismo. Desde otro punto de vista, los complejos económicos de clase social o la estructura económica del grupo inmediato, son elementos condicionantes, pero no admitidos en las ideologías que intervienen en la conspiración. No entran, pues, en una anatomía.

En cuanto a la conabulación no es posible, a mi juicio, diferenciarla de la conspiración. Es otra palabra, al menos en castellano, para designar la misma cosa. Quizás se emplee con matices propios, en algunos casos para referirse más a opiniones que a convicciones. Pero, sea de ello lo que quiera, es palabra menos grave y perentoria. Confabularse suele ser una pequeñez para un conspirador.

Princeton, 1962.